

**CRÓNICA DE LA SESIÓN EXTRAORDINARIA
DEL CONSEJO ASESOR DE LA INSTITUCIÓN
«FERNANDO EL CATÓLICO»**

CELEBRADA EL 4 DE OCTUBRE DE 2001 EN EL SALÓN DE SESIONES
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN DE ZARAGOZA, CON MOTIVO
DE LA ENTREGA DE LA MEDALLA DE ORO DE LA IFC
A LOS DRES. ANTONIO BELTRÁN MARTÍNEZ
Y GUILLERMO FATÁS CABEZA

***Laudatio* del Dr. Antonio Beltrán por el Dr. Gonzalo M. Borrás, director de la Institución «Fernando el Católico»**

Ilmo. Sr. Presidente, Sres. Consejeros, señoras y señores, querido don Antonio:

La Institución «Fernando el Católico» de la Diputación de Zaragoza, al honrarle a Vd. con esta medalla se honra a sí misma, ya que pocas veces habrán discurrido tan parejas e intensas dos trayectorias vitales como la suya personal y la de esta Institución, con la que festeja hoy sus bodas de oro, conmemoración de aquel 18 de octubre de 1951 en que se editó el primer número de *Publicaciones del Seminario de Arqueología y Numismática Aragonesa (PSANA)*. Se trataba de un seminario de investigación que a propuesta suya había sido creado por el Consejo de la Institución el 10 de julio de 1950, y que daba como primer fruto la citada revista científica, que a partir de su número cuatro adoptaría el título de *Caesaraugusta*, dirigida por usted hasta 1985, hoy veteranísimo vehículo de investigación arqueológica y numismática, que ha alcanzado ya los 74 volúmenes.

Pocos podían pensar entonces que aquel joven catedrático de Arqueología, Epigrafía y Numismática, que se incorporaba lleno de inquietudes a la docencia en la Universidad de Zaragoza en diciembre de 1949, iba a desgranar toda su vida académica, docente y de investigación, plena de

logradísimos frutos, en nuestra universidad. Su brillante trayectoria académica le hubiera conducido, sin duda, a la Universidad Complutense de Madrid, natural culminación de la carrera docente e investigadora de los mejores estudiosos del país, de no haberse interpuesto en su camino el amor por esta su ciudad de Zaragoza y por esta su tierra aragonesa, con las que fue anudando día a día un compromiso humano de entrega absoluta. Y se quedó entre nosotros, invalidando con su presencia por una vez el refrán de que nadie es profeta en su tierra.

Aquel inteligente y perspicaz catedrático recién incorporado a nuestra Universidad de Zaragoza se dio cuenta muy pronto —el 28 de octubre de 1950 recibía ya el nombramiento de Consejero— de que en la Institución «Fernando el Católico» iba a encontrar el complemento



El profesor D. Gonzalo M. Borrás durante su discurso.

necesario para el desarrollo de la investigación en su especialidad, en arqueología, epigrafía y numismática, materias en las que ha sido destacadísimo cultivador y brillante continuador de la sólida personalidad científica de don Pío Beltrán, su padre.

Don Antonio Beltrán había llegado a Zaragoza con un nítido modelo de quehacer científico en su equipaje, un modelo acuñado desde principios del siglo XX en la Universidad Complutense de Madrid, con un sistema de trabajo que repartía la actividad universitaria entre tres instituciones: la docencia en las aulas de la Universidad; el desarrollo de la investigación en los seminarios adscritos al Centro de Estudios Históricos, primero, y a los institutos del CSIC, tras la guerra civil; y el taller de clases prácticas y la difusión cultural en los Museos del Prado y Arqueológico Nacional. Con este sistema habían trabajado los grandes maestros de comienzos de siglo, como don Elías Tormo y Monzó y don Manuel Gómez-Moreno Martínez, y lo seguían haciendo otros más jóvenes como don Diego Angulo Íñiguez y don Martín Almagro Basch. Don Antonio Beltrán hizo suyo este modelo de trabajo científico, desarrollándolo en Zaragoza, donde la Universidad, la IFC y el Museo de Bellas Artes, de este último director entre 1956 y 1974, han constituido el sólido trípode institucional sobre el que aquel joven catedrático alzara con brío su desbordante vitalidad académica.

De este modo, la Institución «Fernando el Católico» de la Diputación de Zaragoza, gracias a universitarios clarividentes y entregados como don Antonio Beltrán, iba a cumplir —ha cumplido— el mismo papel de promoción de la investigación y de editorial de revistas y publicaciones científicas que en Madrid estaba desempeñando el CSIC a través de sus diferentes institutos. Este iba a ser —ha sido— el papel de don Antonio Beltrán y de su Seminario de Arqueología y Numismática Aragonesas en la IFC. Medio siglo de promoción de la investigación desde nuestra Institución, medio siglo de organización de los Congresos Nacionales de Arqueología (dos de ellos celebrados en Zaragoza), de los Congresos Nacionales de Artes y Costumbres Populares (otros dos celebrados en Zaragoza), de los Congresos Nacionales de Numismática (el primero celebrado en 1972 en memoria de don Pío Beltrán Villagrasa).

La ingente tarea investigadora y de difusión científica acometida por don Antonio Beltrán desde el Seminario de Arqueología y Numismática Aragonesas de esta Institución «Fernando el Católico» durante medio siglo, la edición de la revista *Caesaraugusta*, de la serie de Monografías Arqueológicas, del Atlas de Arqueología, Prehistoria e Historia Antigua, la impartición de innumerables cursos y seminarios científicos desde las

cátedras «Galiay» y «Luis López Allué», constituyen un legado cultural impagable, que ha contribuido de modo principal a fundamentar el prestigio internacional de la escuela aragonesa de Arqueología, la escuela de don Antonio Beltrán Martínez.

Por todo, querido don Antonio, con esta medalla queremos celebrar toda una vida de entrega científica desinteresada a esta Institución, a la que tanto ha impulsado además desde otras responsabilidades de gobierno, como la de Diputado Delegado de la IFC entre 1955 y 1967, o desde su mandato como vocal representante del Consejo Asesor en la Junta Rectora a partir del año 1985. Este reconocimiento de toda una vida de entrega es tan palmario y constituye una deuda institucional tan obvia, que permítame expresarle en este solemne momento que en la copiosa lluvia dorada derramada sobre Vd. en estos últimos tiempos podrán hallarse tal vez medallas de mayor destello que la presente, pero ninguna entre todas ellas podrá contener un agradecimiento mayor que ésta que hoy le ofrece la Institución «Fernando el Católico», y permítame también interpretarla como su más dilecta medalla, en congruencia con la dilatada trayectoria científica que en ella se contiene.

Pero no es sólo la entrega generosa a esta Institución lo que estamos reconociendo en este acto, sino que —como espero haber explicitado en esta *laudatio*, en la que la contención retórica no ha podido embriagar el afecto personal que todos le profesamos—, queremos además honrar un modelo de trabajo científico, un sistema de estrecha colaboración científica entre la Universidad de Zaragoza y la Institución «Fernando el Católico» de la Diputación de Zaragoza, que hoy pervive en las actuales secciones de trabajo científico de la IFC, y que sigue promoviendo la investigación, la publicación de revistas y de monografías, la edición de congresos nacionales e internacionales en muy diversos campos del saber. Asimismo, queremos honrar el modelo de compromiso ético con la sociedad, que Vd. encarna. En suma, queremos honrar al universitario permanentemente dispuesto a la colaboración con las instituciones y a la contribución con sus talentos al desarrollo de la sociedad en la que le ha tocado vivir. Éste es el modelo que todos deseamos que perviva, como Vd., en el futuro de esta Institución.

Gratulatoria del Dr. Antonio Beltrán

Sr. Presidente de la Excm. Corporación Provincial, Señores Consejeros de la Institución «Fernando el Católico», Excelentísimos e Ilus-

trísimos señores, señoras y señores excelentísimos e ilustrísimos y, sobre todo, amigos:

Para estar a la altura de este solemne acto académico había redactado cuidadosamente un texto que pensaba leer, las cuartillas que tengo delante, pero el Dr. Borrás, el amigo Gonzalo, en su *laudatio*, ha convertido la solemnidad en afecto y me hace participar en una ceremonia íntima, entre amigos. Y por añadidura explica mejor que yo lo haría y con suma precisión de fechas y circunstancias cuanto justifica la distinción que me otorgáis, lo que iba a leer, de modo que perdonadme si elimino cuartilla y resucito vivencias y recuerdos para dar las gracias y defenderme de las emociones. Diré, de paso, que me honráis con la mayor distinción que la Institución puede otorgar y tal vez bastaría con que dijera ¡gracias! de todo corazón y evitando no contradecir a una abuela mía que, cuando yo era mocete y trataba de hacer puchereros no recuerdo por qué, me advirtió: «Los hombres no lloran aunque se vean las tripas en la mano». De modo que no lloraré aquí aunque sé el esfuerzo que va a costarme el que la gratitud no se muestre por los ojos en vez de por la boca como natural acomodo.

Y la razón o apoyo de lo que me llega por amistad y afecto más que por justicia, y me gusta que así sea (prefiero que me quieran a que me glorifiquen), estriba en cincuenta años de presencia en esta casa y en la Institución. Hace mucho, en este mismo lugar, participé en la despedida y homenaje a un sabio colega que enseñaba en nuestra Universidad y «ascendía» a hacerlo en la Complutense. Dije entonces que no me alegraba de que el colega se fuese, sino que lo sentía por lo que perdíamos, y añadí que tal vez nuestra tierra debía de estar más atenta a celebrar el quedarse que a aplaudir la ida, aunque fuera en uso de sus legítimos derechos. Es un privilegio contar actividades por medios siglos y es exactamente ese tiempo el que ha mediado entre la primera clase en la Facultad y el día de hoy. Dieciocho alumnos me escucharon y uno contó que había explicado que el hombre llevaba sobre la tierra cien mil años y aún más. Y al día siguiente se pedía cuentas al atrevido profesor que en sus extravíos juveniles torcía así las mentes de sus educandos que debían saber que el hombre (es decir, Adán, con su costilla generando a Eva) había aparecido en este mundo de risas y llantos el 4004, como demostró el P. Ushlar. Cincuenta años más tarde, cuando los alumnos se cuentan por centenares en cada clase y la Ciencia plantea más de siete millones de años para los principios humanos, como si hubiesen transcurrido siglos desde aquellos años —hace cincuenta— a los de hoy, nos horrorizamos ante el mundo que forjamos, las catástrofes como la del



Intervención del Dr. D. Antonio Beltrán.

11 de septiembre y las cuestiones de búsqueda de caminos adecuados para ganar el futuro.

Y hace cincuenta años, cuando se cumplió que la Diputación, a través de la Institución, aceptase mis propuestas de seminario y revista, en unos tiempos en que los pueblos de nuestra tierra carecían de lo más preciso, caminos y agua, médicos y asistencia, en los que se vivía de milagro, la Diputación Provincial pensó que la gran solución para todos los problemas era la Cultura: en los libros y en la palabra, en la investigación y en llevar los conocimientos hasta todos. Y se puso manos a la obra. Suele ser achaque común que se vanaglorien de los triunfos quienes los tocan con la mano, pero se olvida que el mérito suele estar en las raíces. Y yo simbolizaría toda la larga teoría de corporación que cambia, de diputados delegados, de secciones de cultura, en dos nombres: Fernando Solano Costa y Antonio Serrano Montalvo, símbolos visibles y hasta tangibles que los hombres necesitamos para asir los conceptos abstractos que sólo se ven con los ojos del alma. Y, naturalmente, todo por empeño de la Diputación, la de entonces y todas hasta el día de hoy.

Ha explicado Gonzalo Borrás que pude haberme ido de Zaragoza y es verdad; tres veces a la Universidad de Madrid y una a la de Barcelona, pero me quedé y creo que fue un clamoroso acierto. Me divierte decir que cuando pueda, si lo logro, seré un humanista. Que quiero ser ciuda-

dano del mundo y, de hecho, encuentro que ningún hombre me es ajeno, sea del territorio norte de Australia o del Tassili, en Nuevo Méjico o en cualquier rincón de España; pero también que mis raíces se anudan a una savia nutricia que está en mi pueblo, Sariñena, y en los que me han otorgado carta de naturaleza, desde Cartagena (que me dedicaba plaza ante el Museo que fundé) a Alcaine, Alacón, Ariño, Montalbán, Bujaraloz, Valpalmas, y Zaragoza, que me honra dejándome fisgar en su crónica diaria, me regala una escuela con mi nombre y una plaza que está naciendo. Y es un gozo que Gonzalo Borrás me lo recuerde para que pueda seguir el precepto romano «no hay mayor placer que volver a casa», aunque eso suponga que hay que estar yéndose al mundo amplísimo para volver a lo íntimo, como a esta sala hoy, con todos vosotros de testigos. No hace mucho, Luigi Cavallik Sforza, en una sesión científica que yo presidía, me pidió opinión sobre sus andanzas por el campo del genoma, de la identidad de un hombre de hoy con otro de hace 150.000 años y hasta con otro de hace 300.000, y tuve que decirle que me importaban menos mi carne, mi sangre y mis huesos, que lo que las generaciones habían superpuesto sobre mí mismo; la herencia de Goya y Rembrandt, de Beethoven y Vivaldi, de Cervantes y Shakespeare, de Francisco el *poverello* y Francisco el de *jamplus!* en la India. Y que así, sin necesidad de salvar distancias (lo digo ahora), hizo la Institución «Fernando el Católico» durante el medio siglo en que me honráis con una mención que no me corresponde más que como símbolo de todos esos tiempos y de una lista infinita de nombres menos afortunados que yo.

Llegué a Zaragoza hace cincuenta años y llegué como Gonzalo dice, cargado de ilusiones y esperanzas. Las ilusiones anidan más en nuestro corazón que en nuestra mente, con la alegría que proporciona lo que sabemos que no llegará a realizarse, como las estatuas de humo del Gog de Papini, humo apenas modelado por las manos en formas fantásticas que desaparecen en cuanto las bate el viento o el débil soplo de aire de las realidades, que son maravillosas mientras nacen. Esperanzas que son las ilusiones que atisban que pueden ser llevadas a la práctica. Y menos, pero justificando toda la suma de esfuerzos ilusionados y esperanzados, las realidades. La Institución «Fernando el Católico», por ejemplo, o la revista *Caesaraugusta* como muestra, o todos vosotros. Quienes tenemos el gozo de disfrutar de la más hermosa profesión, la de aprender para enseñar, podemos ver el mundo con nuestros ojos, pero mucho mejor con los de nuestros hijos y nuestros nietos, es decir, de nuestros alumnos, como Guillermo Fatás —con quien me alegra compartir galardón—, que lo fue mío para llegar luego a secretario, compañero después y maestro ahora.

La Institución conserva algunos viejos como yo, ha visto envejecer a muchos jóvenes e incorpora a otros más para que no haya solución de continuidad en su esfuerzo. Es fácil admirarse de su obra ahora, cuando menudean centros y revistas, institutos y profesionales de la cultura, pero estamos hablando de páramos de hace medio siglo, cuando Teruel y Huesca sobrevivían por los esfuerzos que podemos simbolizar en Almagro o Virgilio Valenzuela, pero que necesitaban lo que la Institución hizo, con garbo y valentía; hasta pudo decirse que ocupaba la primera línea de las trincheras de la desigual batalla reñida para ganar la cultura. Y ya se vio entonces que las soluciones a muchas lacras de nuestro tiempo, las que amenazan con avergonzarnos de ser cómplices de tantos desastres, estaban en la educación, y a ello se aplicó durante cincuenta años. De modo que la medalla la merecen cientos de anónimos soldados de esta incruenta batalla.

Pienso que cuanto más hundo mis raíces en mi tierra, en mis «pueblecos» o en Zaragoza, más gano el derecho de ser ciudadano del mundo, pidiendo fuerza para ser tolerante y ganarme la tolerancia ajena. Nuestras tierras, que pueden simbolizarse en las pinturas de esta sala, en las que López Villaseñor plasmó historias de Alfonso V en Nápoles, de la predicación de Santiago, los desposorios que hicieron de Aragón el varón en el matrimonio de las Españas, como el propio Fernando dijo, añadió por tozudez mía estos paneles negros y grises donde una apariencia hosca encubre la sed y el riego, nuestros corderos y cabras, nuestra emigración, el desánimo de los viejos que piensan sólo en la muerte y de los jóvenes que hinchán su pecho para ganar el futuro. Y eso es la Institución y eso sois vosotros. Esta medalla que he mantenido en mis manos durante todo este largo tiempo de mi parlamento tiene ya lugar donde guardarla, como todas las demás. No en una vitrina o un atril, sino en el corazón, donde cabe todo lo que se ofrece con amor, como vosotros hacéis. Amarse es tener cosas en común. Esta medalla es prenda de medio siglo de amor.

**Laudatio del Dr. Guillermo Fatás por el Dr. José-Carlos Mainer,
Consejero de la IFC**

Ilmo. Sr. Presidente de la Diputación Provincial y de la Institución «Fernando el Católico», Ilmo. Sr. Director, señoras y señores consejeros, queridos amigos:

La conservo todavía entre mis papeles. Es una vieja separata que contiene un artículo, «Nota sobre el dique romano de Muel», primero de los

a los Profesores D. Antonio Beltrán y D. Guillermo Fatás

trabajos profesionales de Guillermo Fatás. Lo publicó la revista *Caesaraugusta*, de la Institución «Fernando el Católico», en el año 1967 y tiene, por tanto, la misma edad de mis primeros papeles en la revista *Ínsula* y en *Papeles de Son Armadans* y de los que Jesús Delgado escribió sobre los parafenales en el derecho aragonés. Once años después, en 1978, el joven licenciado de entonces fue elegido consejero de la Institución y en 1986 pasó a ser miembro del Consejo de Redacción de la misma revista que acogió aquella primera entrega. Antes, había obtenido en 1981 la Agregación de Historia Antigua en la que siempre ha sido su universidad. Y el 30 de noviembre de 1993 fue designado director de la Institución, donde sucedió a Ildefonso Manuel Gil, y con fecha del 3 de mayo del presente año, se le otorgó por unanimidad la medalla que hoy va a recibir.



El profesor D. José-Carlos Mainer durante su laudatio al Dr. Fatás.

Pero una relación de honores no es el balance de una vida, ni menos todavía debemos considerar que su logro es una suerte de botín. Las largas listas de prebendas y méritos pueden ser, y son a menudo, letra muerta o pueden estar en vías de serlo. Lo que nos justifica es siempre la pasión que hayamos puesto en el curso de nuestras obras, la convicción de haber trabajado por un objetivo que vale la pena, y no el haber dejado a una posteridad escéptica un montón de diplomas y un yerto mazorral de páginas perfectamente prescindibles o, lo que es peor, intercambiables por las de cualquier otro estudioso. Escribió Cicerón y recordó Lázaro de Tormes en ocasión solemne que *honos alit artes*: que escribimos por afán de nombradía. Ciertamente es, pero no tanto que nos haga olvidar lo que todo trabajo científico ha de tener de pasión desinteresada por el conocimiento y de clara —y a la vez humilde— conciencia de su justificación histórica. Si no busca nuestro quehacer esas formas de perduración valdrá a la larga bien poco.

Por eso, me complace recordar que la bibliografía de Guillermo Fatás tiene detrás una biografía. No es tan frecuente. Al recoger la miscelánea de sus estudios que tituló *De Zaragoza* y publicó esta Institución en su colección «Guilla», el autor inscribió en la solapa del libro que su «vocación es la de vivir en el mundo, pero de modo provinciano». Y en otro lugar ha recordado una frase que oyó a Jaime Gil de Biedma en «un domicilio barcelonés» (que era, por cierto, el mío): no hay más erudición auténtica que la local. No le hacía falta esta justificación. Guillermo adora Zaragoza y su historia y ambas han estado presentes en muchos de sus esfuerzos. Esta ciudad le debe, por ejemplo, una *Guía Histórico-Artística de Zaragoza* (1982), ya imprescindible, y, sobre todo, largas campañas en defensa de sus monumentos, en denuncia de sus especuladores o de sus políticos venales. Y a fuer de zaragozano es aragonés ejerciente, un convencido de esa frase que gusta repetir: los aragoneses hemos sido pocos pero nunca poco. Le debemos dos libros de divulgación ponderados y excelentes: *Aragón, nuestra tierra* (1977), escrito con Eloy Fernández Clemente, y *Aragón para ti* (1988), con Concha García Castán. Por las mismas fechas del primero, promovió la «Colección Aragón», de Librería General, y luego, «Aragón, cerca», mucho más breve, de Ediciones Oroel. Y luego la hermosa serie «Mariano de Pano», de la CAI, y la más popular y reciente colección CAI 100, que ha codirigido con Manuel Silva. Gracias a su empeño, no existe otra región española que el curioso pueda conocer de forma sistemática a partir de fuentes tan solventes. Y gracias a sus encargos, muchos colegas han ejercitado el menester de la síntesis y la divulgación, lecciones que nunca vienen mal.

Por todo eso, no se equivocó el jurado —me honra haber pertenecido a él— que le atribuyó el Premio Aragón en su convocatoria de 1995. Pero yo no hubiera votado con entusiasmo aquel galardón si, al lado de esta ejemplar tarea de organización, institucionalización y divulgación, no hubiera un historiador de parecido fuste: un estudioso para quien la historia antigua es, ante todo, historia y no simple contabilidad arqueológica o cansino escrutinio de fuentes escritas. Ya lo demostró su tesis doctoral, *La Sedetania*, significativo trabajo de compromiso entre su originaria formación arqueológica y su creciente ambición de historiador de la antigüedad. El trabajo de 1972 muestra la fecundidad del contacto de las dos técnicas y de la importancia de operar a partir de una hipótesis interpretativa ambiciosa: gracias a esa monografía, se conoció mejor el proceso de iberización y surgió para la ciencia una comunidad histórica nueva. Y todo ello, como no dejó de apuntar el prólogo, en vísperas del bimilenario de la ciudad natal del investigador. Hoy ya ronda la centena el número de sus trabajos científicos y muchos son de cita obligada.

Pero además, Guillermo Fatás es un docente vocacional. No ha vacilado cuando ha debido asumir responsabilidades organizativas como Secretario de su Facultad de Letras, Vicerrector de Ordenación Académica y Decano que supo suceder, y no era fácil, a Antonio Beltrán. A su decanato debemos la existencia de una sección de Filología Clásica, que era vergüenza que no existiera, y los primeros pasos de la constitución de una Biblioteca de Humanidades que va a ser realidad en fechas inminentes. Guillermo Fatás pertenece a la promoción de profesores que empezó a entregar fotocopias en clase, que dedicó tiempo a los seminarios prácticos y que procuró suministrar a los alumnos herramientas conceptuales sólidas. A esa última convicción corresponde un libro que es, sin duda, su obra más editada: el imprescindible *Diccionario de términos de arte*, cuya primera versión escribió con nuestro director, Gonzalo Borrás, cuando los azares y penurias de la condición de profesor no numerario le llevaron a impartir esa disciplina que en modo alguno le era ajena.

Pero nada lo es para este enamorado del saber. Conocer para algunos es dominar y no está mal que así sea; para otros es un modo de tomar posesión de uno mismo, una manera de ser. A estos pertenece Guillermo. Tengo para mí que haberle conocido y disfrutar de su amistad es de las cosas verdaderamente importantes que me han ocurrido. Juzgarán Vdes., por tanto, con cuánto gozo recibí del Dr. Borrás el encargo de escribir esta *laudatio* que me da la oportunidad y el privilegio de ser quien puede expresar de viva voz los sentimientos de admiración y satisfacción que me consta que comparten todos los presentes.

Gratulatoria del Dr. Guillermo Fatás

Ilmo. Sr. Presidente, Ilustres Sres. Diputados, Sr. Director, Sres. Consejeros, Sras. y Sres., queridos amigos:

Este Consejo Extraordinario ha distinguido con la Medalla de la Institución a Antonio Beltrán Martínez y nadie mostrará extrañeza por tal hecho. Desde el nacimiento de la misma ha vivido con ella. Es, sin duda ninguna, su miembro a un tiempo más asiduo y veterano, promotor de incontables iniciativas y, lo que es más importante, impulsor de muchos amores por esta Fundación provincial, incluido el mío. Mi padre, que también procuró servirla, y Antonio, como luego varios profesores, ya todos extintos, de mi Facultad son, en mi corazón, los verdaderos destinatarios de la distinción que me hacéis esta mañana, exactamente treinta y siete años después de mi incorporación a la Institución, por incitación de Antonio, a través de la revista *Caesaraugusta* que él dirigía y cuyo breve consejo editor completaban don José María Lacarra y don Ángel Canellas.

De puertas afuera, a quienes siguen más o menos de cerca la admirable tarea que aquí se viene haciendo desde hace casi sesenta años, tampoco les extrañará que esta infrecuente Medalla me haya sido discernida por vosotros.

Tantos años de servicio a la Institución, que aún continúan, incluyen siete de tareas directivas, que coincidieron con una fase de renovación material y de objetivos, de reforma interna y de crecimiento editorial. Digamos que mi «protopografía» presenta una apariencia que formalmente justifica en cierto modo lo que hoy sucede. Pero no puedo llamarme a engaño, o no enteramente. Si bien tengo conciencia de haber trabajado mucho en esta querida Casa, no sé si lo hice siempre con la exigible oportunidad o con la habilidad que debe distinguir a quien recibe y acepta una responsabilidad directiva. Me preocupa lo que pude haber impulsado y no impulsé, por empecinamiento o miopía. Lo que dejé de ver y adivinar, y por ello quedó como tarea pendiente para el nuevo Director. Y, sobre todo, los errores, que no faltaron, en que pude incurrir por razones de carácter, de estilo de vida y de trabajo.

Echo la vista atrás y repaso, no siempre complacido, mis decisiones como Director, mis propuestas al Consejo y mis largos despachos con los tres Presidentes que me dieron su confianza: Pascual Marco, José Ignacio Senao y Javier Lambán. Advierto en aquellos deficiencias que, luego, se me han hecho evidentes. Nunca hijas del mal espíritu, pero sí

de la impaciencia por llegar a la meta cuando está definida y, acaso, de un exceso de confianza en las propias fuerzas, que son, de sobra lo sé, la Escila y el Caribdis de mi biografía.

José-Carlos Mainer, mi fraterno e inmejorable amigo, acaba de pronunciar palabras que previamente no conocía. Cuando redacto estas mías, en la soledad de mi biblioteca familiar, estoy seguro de que no ha de hacerme reproches, porque se lo vedan el protocolo, el hecho de ejercer como vuestro portavoz, su altura de miras y su devoción para con mi persona, que nunca saldaré de forma adecuada. Por eso mi gratitud es alta. Experimento el sentimiento acendrado, depurado, del que sabe hasta qué punto conocen sus defectos quienes, no obstante ellos, lo distinguen de este modo. Precisamente vosotros, que los habéis sufrido, que los conocéis sin intermediarios y advertís su magnitud; precisamente quienes más derecho tenéis a oponer justos reparos a los yerros que me tienen como origen, me regaláis semejante muestra de aprecio y amistad.

El viejo e inimitable Plauto, en tres o cuatro de sus penetrantes comedias, utiliza una frase que hizo mella en mí hace muchos años: *Age, si quid agis*: si haces algo, hazlo. En este lema laborioso está mi única excusa. Y, envuelta en mi cordial gratitud, os la ofrezco como descargo de tantos defectos para los que habéis mostrado magnánima benevolencia.

Muchas gracias.

Discurso del Ilmo. Sr. D. Javier Lambán, Presidente de la Institución «Fernando el Católico», de la Diputación de Zaragoza

Excmo. Sr. Justicia de Aragón, Excmas. e Ilmas. Autoridades, galardonados con la Medalla de Oro de la Institución «Fernando el Católico», miembros de la Corporación Provincial y del Consejo Asesor de la IFC, señoras y señores, amigas y amigos:

En los premios que se conceden por rigurosa periodicidad, existe el riesgo de que la perentoriedad de la elección justifique a veces una insuficiente verificación de los merecimientos.

Por el contrario, las distinciones otorgadas exclusivamente en razón de la oportunidad y el mérito no generan otra incertidumbre que la sabiduría de los proponentes, un riesgo absolutamente evitado en los casos que hoy nos reúnen si tenemos en cuenta el reconocido prestigio del Consejo Asesor de la Institución y la calidad personal y profesional de todos y cada uno de sus miembros.

Por lo demás, sin pretender duplicar las excelentes glosas de Gonzalo Borrás y José-Carlos Mainer, no resisto la tentación de sumarme a la loa de dos hombres, don Antonio Beltrán y don Guillermo Fatás, a los que, además de admiración, profeso amistad y afecto.

Ya ha sido puesto de manifiesto que la trayectoria de nuestros galardonados presenta notables coincidencias. Pero no pretendo tampoco emular a Plutarco trazando sutiles paralelismos vitales entre nuestros dos amigos. En la clausura de este emotivo acto, pretendo simplemente traer a colación algunas de las concordancias que entrelazan sus respectivas biografías.

De entrada, resulta obligado mencionar que ambos cursaron estudios superiores en nuestra Facultad de Filosofía y Letras. Al finalizar su formación académica, pronto mudaron ambos su sitio en el aula, pasando del pupitre del alumnado a la tarima profesoral. Y ello no sin esfuerzo, que ese tránsito nunca ha sido providencial ni instantáneo.

Con el paso de los años alcanzaron sendas cátedras, y con ellas una de las formas más bellas de consagración que otorga la Universidad. Después, los dos debieron alternar las labores docentes con las administrativas, pues ambos asumieron durante unos años el decanato de la Facultad, mostrando en tales desempeños unas notables dotes de gobierno.

Las antiguas dependencias de la Institución contaron muy pronto con su presencia, continuando una tradición familiar que durante generaciones ha inculcado en los vástagos la afición por el conocimiento y la pasión por el saber en sentido amplio.

Resultaría prolijo enumerar los títulos de las miles de páginas impresas que nuestros protagonistas han regalado a la Institución —y por ende a toda la ciudadanía— a lo largo de su fecunda trayectoria. Además, desde sus diferentes responsabilidades de dirección, los dos han impulsado la formación de nuevas hornadas de estudiosos de nuestro ser pasado y presente.

Y, lo que para mí es más importante, los dos han apostado por la modernización y puesta al día de una institución sólida por cincuentenaria pero sometida a una constante actualización de sus recursos, medios y fórmulas de trabajo.

Porque, en realidad, no es exagerado decir que las biografías de don Antonio y don Guillermo son, en cierto modo, un hilo conductor de la historia entera de la IFC.

De hecho, su trayectoria es el mejor aval del satisfactorio modelo de Institución que el paso del tiempo ha ido decantando, de un centro de cultura e investigación bien vecindado con todos y sin pretensiones de ocupar el espacio de nadie. De una institución fortalecida progresivamente sobre su propia tradición, sin perderse en la indagación de nuevas razones de ser, comprometida con el ámbito político-administrativo que la sustenta, que es la provincia de Zaragoza, y, desde ahí, promotora de una contribución esencial a la cultura aragonesa y aun española, una institución, queridos amigos, resistente a ser usada desde dentro o desde fuera para otros fines que aquellos para los que fue fundada y merecedora de la confianza de los representantes políticos hasta el punto de conseguir una autonomía insólita en el panorama nacional.

¿Alguien duda de que han sido hombres como don Antonio y don Guillermo los que han obtenido para la Institución «Fernando el Católico» esa confianza y ese respeto de los que tan orgullosos podemos sentirnos todos?

Mucho puede decirse, en otro orden de cosas, sobre los vínculos que comparten nuestros galardonados con los medios de comunicación, en los que ambos han colaborado asiduamente durante décadas. Las hemerotecas y los archivos audiovisuales atesoran una ingente cantidad de documentos en los que se palpa su común pasión por el periodismo.

Pero, por si fueran pocas las conexiones enunciadas, permítanme que me explaye en otra de las vocaciones que comparten nuestros egregios profesores y que, para mí, entraña un gran valor. Me refiero al afán divulgador, a la pasión por trasladar a los demás sus conocimientos, pues los dos profesan la fe del didactismo y la voluntad de transmitir los conocimientos adquiridos a una ciudadanía ayuna en muchas ocasiones de divulgadores eficaces.

Tampoco renuncian a agitar conciencias, invitándonos a reflexionar sobre lo que somos a partir de lo que fuimos. Practican así el sentido crítico de los buenos historiadores, cuya acendrada fidelidad a los hechos y a los procesos les ha llevado a denunciar, cuando convenía, las interpretaciones manipuladoras y las mistificaciones tan practicadas por algunos.

En este punto, queridos amigos, si me hacen esta concesión personal, les diré que mi conciencia ha sido una de las muchas que ellos han agitado y conmovido. Les diré que fui alumno del doctor Fatás y que, aunque no la aproveché todo lo que hubiera debido, tuve la oportunidad de aprender de él conceptos como el rigor y el esfuerzo en el estudio, el amor a la historia y la valoración de la misma como explicación o elemento necesariamente constitutivo del presente.

También he sido lector asiduo del doctor Beltrán y, sobre todo, acólito suyo en múltiples liturgias rurales, bien recién venido de un congreso de pintura rupestre de Escandinavia para presentar la historia de Almonacid de la Sierra, bien llegado a Albeta para presentar el dance de aquel lugar interrumpiendo los preparativos del XXVI Congreso Nacional de Arqueología, que –como viene haciendo desde hace cuarenta años– coordinó y protagonizó hace pocos meses con el tino y la brillantez que le caracterizan.

No obstante, por encima de cualquier otra consideración, aspiro a saber valorar bien el significado cívico y ético de la impronta personal de ambos, en un territorio que se despuebla y se deteriora sin parar pero que no renuncia al futuro y que quiere recuperar alguna vez la voz y el pulso que tuvo en otros momentos de su historia.

En ese sentido, quiero dejar bien claro mi reconocimiento al profesor Fatás, cofundador de un aragonesismo progresista, inmune a halagos o salidas fáciles, mantenedor de posiciones no siempre cómodas, cívicamente comprometido y siempre políticamente honesto.

También quiero hacer patente mi identificación con el profesor Beltrán, con su apego al territorio y con su esforzada misión de revalorización del medio rural y de estímulo del amor propio de sus gentes, a las que anima desde la sencillez de su inmensa sabiduría a recuperar el orgullo de vivir en los pueblos y a fundar vida y futuro en el solar de sus padres y de sus abuelos.

Y, por supuesto, quiero resaltar la capacidad de ambos para trascender lo local y lo regional, no abandonándolo sino proyectándolo y prestigiándolo desde aquí, pues los dos vienen de ese venero inagotable de talento que nunca ha dejado de manar en Aragón, pero que, con demasiada y desgraciada frecuencia, ha sido trasvasado a otras tierras.

Queridos galardonados: Aragón, que pretende ahora mismo revisar su fórmula de encaje en el conjunto de España, encuentra sus mejores títulos para reivindicarse en hombres como ustedes. Frente a quienes puedan oponerse a las legítimas pretensiones de madurez de este pueblo, Aragón puede exhibir biografías como las de ustedes, que desmienten tópicos estúpidos y proclaman la valía de una región capaz de aportar a la nación sabiduría y prudencia, pero capaz también de defender sus derechos con la incorregible tenacidad de la razón y desde la exigencia insobornable del respeto a lo propio.

a los Profesores D. Antonio Beltrán y D. Guillermo Fatás



*El Presidente de la Diputación de Zaragoza y de su Institución «Fernando el Católico»,
Ilmo. Sr D. Javier Lambán, en el centro, acompañado
de los Dres. Antonio Beltrán y Guillermo Fatás.*

Autoridades, señoras y señores: si la Presidencia de la Diputación depara momentos de particular intensidad, éste es uno de ellos, no sólo por la relevancia de las personas a las que acabamos de distinguir con la medalla sino también por mi particular relación con la Institución «Fernando el Católico», institución que es mi casa desde hace muchos años, por lo menos desde que trabajé en ella cuando era su director don Ildfonso Manuel Gil, otro ilustre y ejemplar aragonés galardonado también hace dos años con esta misma medalla.

Don Antonio, don Guillermo: Presido una Corporación de hombres y mujeres dedicados a la causa del bienestar de los zaragozanos que habitan en cada uno de los rincones de la provincia. Hombres y mujeres dedicados a solucionar el alumbrado o la pavimentación de pueblecitos en los que, a menudo, viven menos de cien habitantes y que, sin embargo, se sienten orgullosos de ser patrones de la Institución cultural más importante de Aragón y de posibilitar la impagable labor que, en ella, realizan hombres como ustedes.

En nombre de estos veintisiete diputados, sólo me queda felicitarles de todo corazón y pedirles que no cejen en ninguno de sus meritorios empeños, porque su país les necesita para lograr una sociedad más culta, que es tanto como decir más justa y más libre.

Don Antonio y Don Guillermo, *vivant, crescant et florescant.*